

Artículos centrales

Intervención, políticas públicas y espacios de articulación en el territorio. Una historia de encuentros y desencuentros

Andrea Echevarría*

Fecha de recepción:	22 de junio de 2017
Fecha de aceptación:	18 de agosto de 2017
Correspondencia a:	Andrea Echevarría
Correo electrónico:	andrea_e0306@yahoo.com.ar

*. Lic. en Trabajo Social (UBA). Magíster en Hábitat y Vivienda (UN-MdP). Profesora e investigadora en Carrera de Trabajo Social UBA.

Resumen:

El artículo propone reflexionar sobre la importancia de los espacios de articulación multiactoral en el marco de políticas públicas territoriales. Para ello, parte de preguntarse por el lugar del sujeto de la intervención, realiza un recorrido histórico por las formas en que se interpelló su participación en las políticas públicas y un plantea algunos interrogantes sobre el momento actual. Define la centralidad de los actores en la construcción cotidiana del territorio y presenta algunas consideraciones sobre metodologías a utilizar.

Palabras clave: Espacios de articulación – Actores colectivos – Políticas territoriales.

Summary

The paper proposes to reflect on the importance of the spaces of multiactorial joint in the framework of territorial public policies. Therefore, parts of ask ourselves about the place of the subject of the intervention, carries out a historic tour of the forms in which its participation in public policies were challenged and raises some questions about the present time. Formerly, it defines the centrality of social actors in the daily construction of the territory and presents some considerations on methodologies to be used.

Key words: spaces of multiactorial joint – social actors – territorial policies.

Trabajo Social, Intervención y el lugar del Sujeto

El lugar de los sujetos en la intervención social ha tenido tratamientos diversos aunque constantes en las discusiones disciplinares del Trabajo Social. Entre las propuestas extendidas hasta hoy para conceptualizar el acto de la intervención, el CELATS (1986) lo sitúa en el triángulo entre institución, Trabajo Social y el usuario, como actor imprescindible para la delimitación del objeto de intervención y su abordaje. Posteriormente, se sumará la importancia de incorporar la vida y el saber cotidiano como dimensiones clave (Rozas, 1998), comprendiendo las producciones simbólicas construidas en torno a la necesidad (interpretaciones, sentidos, estrategias desplegadas) como parte del complejo entramado de intereses y percepciones que hacen no sólo al escenario, sino también al objeto mismo de la intervención.

Siguiendo a Alfredo Carballada (2013), reconocer en la intervención la subjetividad del otro y dialogar con ella, permite abordar la singularidad, sin desatender las causas estructurales (“inscripción de lo macro en lo micro”) que moldean la desigualdad.

El lugar que se asigne al sujeto en las intervenciones sociales en general, y en las políticas públicas en particular, es entonces un elemento clave en nuestra disciplina. Concebimos la intervención como un proceso que necesariamente involucra al sujeto, como una relación dialógica, de aquéllas de las que nos habla Paulo Freire (2010).

Cuando el destinatario de una política es un sujeto colectivo, es posible recuperar un conjunto de instrumentos y recomendaciones metodológicas que permitan la

efectiva participación de los mismos en las decisiones sobre los objetivos, las acciones, los sentidos de la intervención. Instrumentos que han tenido lugar en las políticas públicas, aunque con alcances y motivaciones diferentes.

Podemos preguntarnos entonces, ¿cómo concebir la vinculación el Estado en sus distintas manifestaciones materiales (aparatos institucionales, normativas) y los actores sociales involucrados o afectados por un tema convocante? ¿Qué consideraciones metodológicas tener en cuenta para la articulación entre actores con naturalezas, lógicas, tiempos diferentes? ¿Es posible extender esas formas de articulación tanto a ámbitos relacionados con la acción como con la decisión? ¿Qué rol juega el territorio en estas historias de encuentros y desencuentros?

Breve recorrido histórico¹

La preocupación por la participación, por la interacción con el otro en el marco de las políticas públicas, no es una cuestión reciente. Durante las últimas décadas, los destinatarios de políticas han sido interpelados desde múltiples propuestas. Lejos de constituir un factor neutral o ideal, la apelación al involucramiento de los actores se ha inspirado en marcos teóricos, ideológicos y políticos sumamente diversos. Resulta necesario revisarlos brevemente, ya que, si bien fueron modificándose y superponiéndose unos con otros, todavía persisten, de manera más e menos subterránea según el caso, trazos de esos discursos y concepciones.

Tomaremos cuatro momentos que nos parecen particularmente significativos en este recorrido: las propuestas

1. Para esta sección, se retoma el contenido de mi tesis de doctorado: Construir Ciudad y Política: Asentamientos en San Francisco Solano (1981-2010), actualmente en elaboración.

desarrollistas (y las críticas posteriores a las mismas), el proyecto neoliberal en los '90, la crisis en el cambio de milenio y el modelo post neoliberal (2003-2015).

Un momento de fuerte apelación a la participación del otro en las políticas públicas se sitúa en las propuestas vinculadas al desarrollismo, de amplia difusión en América Latina y en nuestro país en particular en la década del 60. Influidos por el paradigma de la modernización y las lecturas culturalistas de la pobreza, se asoció ésta a las pautas tradicionales que marcarían el comportamiento de grupos impidiéndoles acceder a los beneficios de la modernización. La promoción de la participación tenía, entonces, una fuerte orientación pedagógica, en el sentido de generar cambios en las pautas tradicionales, generadoras del supuesto “atraso” respecto a inserciones más modernas.

El desarrollo de las comunidades fue la propuesta metodológica más representativa de esta corriente. El objetivo perseguido era “desencadenar en las comunidades procesos educativos que modificaran sus conductas y actitudes resistentes al cambio y promoviesen capacidades favorecedoras del desarrollo” (Cardarelli y Rosenfeld, 2005: 35). Entre las herramientas y supuestos metodológicos de los que partía, podemos enumerar:

- La existencia al interior de la propia comunidad de capacidades o “resortes” para su propio desarrollo.
- La figura de un agente externo que promoviera el cambio, generalmente trabajadores sociales.
- El aliciente de formas organizativas internas a la comunidad, con perfiles no políticos, o -al menos- no partidarios.
- La utilización de un conjunto de técnicas para la planificación y dinámicas grupales para impulsar estos procesos.

Se concebía un rol relativamente activo para la comunidad en los proyectos. Pero, esa apelación a la actividad estaba fundamentada en una subordinación, en una lectura de aquellos beneficiarios de programas como inmersos en una situación de “marginación”, de pautas culturales que impedían su progreso. Se trataba de promover formas de microparticipación local, que tendían a la despolitización de las comunidades.²

En síntesis, la apelación a la participación en el marco de las propuestas desarrollistas, supuso la búsqueda y diseño de un vasto conjunto de técnicas e instrumentos metodológicos (dinámicas grupales, técnicas de planificación, etc.), pero desde una mirada cargada de etnocentrismo, cuyos fundamentos permean hasta hoy algunas prácticas que parten de supuestos culturalistas o normativistas.

Es necesario hacer una breve referencia a las lecturas críticas que se hicieron del paradigma desarrollista. En el marco de las concepciones políticas, la teoría de la dependencia, cuestionó la explicación central de la desigualdad: no se trata de países y sociedades con pautas culturales que “frenan su progreso”, sino de países y sociedades dependientes de otros, en el marco de relaciones internacionales de desigualdad y subordinación. En el campo del Trabajo Social, se inició un proceso de revisión profunda (reconceptualización) de las intervenciones y, entre ellas, del abordaje de desarrollo de la comunidad. Se pensó ésta última como instrumento posible, pero en función de cambios estructurales a través de la movilización popular. Cardarelli y Rosenfeld (2005) señalan aquí que, en definitiva, se trataba de una nueva idealización de la metodología, pero vinculándola al cambio de estructuras.

A esto se suman los aportes realizados desde el enfoque de Educación Popular, tributario de las ideas de Paulo Freire (2010). El pedagogo brasileño parte del esquema dialéctico opresor - oprimido que caracteriza nuestras sociedades desiguales. Pero lo complejiza al sumar el análisis de la imagen -y el modelo- del opresor que el propio oprimido porta. Es decir, convoca a la revisión permanente de las propias prácticas para identificar en qué medida se reproduce la lógica de la opresión (en sus primeros escritos, en las prácticas educativas; en este caso, en intervenciones socio comunitarias).

Superar la lógica de la opresión supone, entonces, reconocer al otro como sujeto, con capacidad para interpretar y construir el mundo. Esto implica reconocer “la dimensión política de sus prácticas” (Marzióni, 2012), en una interacción definida ya no por relaciones de subordinación o desvalorización cultural (como en modelos anteriores), sino de paridad. En términos de Freire: implica dialoguicidad.

2. La búsqueda de procesos participativos “inocuos”, despolitizados, queda en evidencia, por ejemplo, con la creación de una secretaría de Estado que asumiera este tipo de intervenciones (la secretaría de Promoción y Asistencia a la Comunidad) en 1967, en plena dictadura militar (Cardarelli y Rosenfeld, 2005).

Ideas posibles, necesarias, para ser actualizadas a hoy

Durante la década de los '90, con la profundización del proyecto neoliberal en nuestro país, asistimos a un importante auge de programas con componentes participativos, aunque con características particulares. Por un lado, los procesos participativos estuvieron asociados a ámbitos micro territoriales, generalmente sobre temáticas puntuales, acciones asistenciales, muchas veces en el marco de políticas sociales compensatorias. Por otro lado, se promovieron también propuestas de espacios de concertación locales, entendiéndolo como "ámbito de realización de la democracia" (Cardarelli y Rosenfeld, 2005: 79).

Lo cierto es que este "redescubrimiento" (por parte de las políticas públicas) de la sociedad civil y la descentralización de la ejecución de programas de los ámbitos nacionales a los municipales e incluso a las organizaciones, estuvo fundamentado en la posibilidad de mayor cercanía al receptor – beneficiario de los programas y una fuerte crítica a la politización (en el sentido de partidización) de la resolución de necesidades y acceso a los recursos (Repetto y Andrenacci, 2006). El riesgo (o la consecuencia) es evidente: "un participacionismo como coartada de legitimación de la desresponsabilización pública" propia de la propuesta neoliberal (Repetto y Andrenacci, 2006: 303).

Por otro lado, también es característico de este período la mayor presencia o mayor visibilidad de las organizaciones sociales de tipo territorial. En esta línea, Rofman y Foglia señalan la existencia de un conjunto de acciones colectivas de base territorial que, constituidas sobre los lazos de sociabilidad barrial, permitían enfrentar las consecuencias de los niveles de pobreza y desempleo crecientes. "(...) la trama de organizaciones de base comunitaria pasó a ocupar un lugar central en la articulación de demandas de los sectores populares, desplazando a los sindicatos de ese espacio." (Rofman y Foglia, 2015: 46).

Distintos autores coinciden en señalar los objetivos vinculados a procesos de control social a través de las propuestas participativas (a través del desmantelamiento o cooptación de vínculos políticos previos, la autonomía o "asepsia" de las organizaciones como valor, el limitar la propuesta participativa al ámbito estrictamente local, etc.). En definitiva, el intento por despolitizar (y fragmentar) la resolución de necesidades. Pero también

acuerdan en señalar los límites y contradicciones, algunos de ellos efectos no esperados de estas políticas. Desde la generación de nuevos vínculos y sociabilidades (Cardarelli y Rosenfeld, 2005; Svampa, 2005) hasta la creciente politización de las organizaciones territoriales convocadas por (y en ocasiones, fortalecidas en torno a) políticas con propuestas participativas (Repetto y Andrenacci, 2006; Arias, 2012)

A pesar de que esta incorporación de las organizaciones [a políticas asistenciales con componentes participativos] tuvo objetivos claros de despolitización, al finalizar la década fueron las organizaciones creadas en el marco de programas asistenciales las que expresaron más claramente el conflicto social. (Arias, 2012: 108)

Así, los cortes de ruta protagonizados por organizaciones de desocupados en los años 1999 y 2000 pusieron en agenda el tema de la pobreza y mostraron un fuerte componente organizativo de base territorial, cuya proyección política no fue prevista por los diseñadores de políticas públicas (con las que se buscaba alguna contención a estas mismas personas movilizadas), ni por las autoridades nacionales.

En un territorio que se había constituido en la nueva base de organización de los trabajadores (ante el incremento del desempleo), donde millares de organizaciones y grupos habían construido prácticas colectivas, nuevos sentidos de lo público, nuevas institucionalidades que les permitieran cubrir las necesidades más básicas de sus familias (Echevarría, 2014; Merklen, 2005), el territorio se configuró como escenario, pero también como herramienta (García Linera y Stefanoni, 2005) para hacer visible la inviabilidad de un modelo político y económico que dejaba fuera a millones de habitantes.

Durante el período 2003-2015, asistimos a una reconfiguración del modelo de Estado, de las políticas públicas y, en términos de Carlos Vilas (2011), del escenario político y los actores que lo componen. A los fines que aquí nos ocupan, podemos afirmar que el Estado recupera capacidades y recursos para la intervención en la vida social.

En cuanto a las políticas públicas, se modifican las políticas con incidencia en el territorio, y por lo tanto, las concepciones en torno a la participación en las mismas. Esto coincide con lo que Carlos Vilas identifica como un clima de época, como expresión del nuevo escenario político:

Más que en otros momentos del pasado, lo público de las políticas públicas refiere al involucramiento social activo en el diseño, la ejecución y la evaluación de las políticas, y en la conversión de éstas en palestra de conflicto y competencia, pero también de construcción de acuerdos... (Vilas, 2011: 138)

Cabe señalar que esta puja por incidir en las políticas es realizada por sectores tan diversos como las cámaras empresariales, las asociaciones agropecuarias, los movimientos sociales y los sindicatos. Diversos factores concurren para explicar esta situación: organizaciones con importante experiencia organizativa, prácticas sociales tejidas en torno a la resolución de lo cotidiano que mencionamos líneas antes (Echevarría, 2014), debilidad de los canales propios de la democracia representativa (Vilas, 2011), etc. Lo cierto es que el debate sobre “lo público” de las intervenciones estatales se politiza, se torna visible.

A nivel territorial, las políticas asistenciales continúan apelando, en muchos casos, al papel intermediador de organizaciones sociales y referentes. Esto fue caracterizado por parte de la academia, y retomado luego por otros sectores políticos vinculados a medios de comunicación, como prácticas clientelares, con connotaciones fuertemente negativas (Arias, 2012).³

En el campo de las políticas habitacionales, algunos espacios fueron gradualmente abriéndose, ensayándose como metodologías cada vez más sistemáticas. Podemos mencionar, por ejemplo, los proyectos del Programa de Mejoramiento de Barrios (que, si bien proponía formas de intervención con algunos niveles de consulta y participación de los beneficiarios desde los ‘90, fue ampliando y diversificando las formas de incidencia de los mismos en los proyectos), o el Programa Ahí, que habilitaba la constitución de mesas locales de trabajo en las que articulaban organizaciones territoriales con Ministerios nacionales e instituciones municipales.

Los reales alcances de estas experiencias están todavía en proceso de evaluación, pero los espacios generados y las prácticas desarrolladas por los actores (tanto por

parte de la población, como de los agentes del Estado) constituyen una valiosa experiencia a ser revisada.

¿Y hoy? Procesos participativos en la encrucijada

El proyecto político neo conservador que accedió al gobierno en diciembre 2015, introdujo cambios importantes fundamentalmente en la orientación de las políticas sociales, lo que plantea un nuevo escenario y diferentes condiciones de posibilidad para propuestas participativas y para involucrar al sujeto destinatario.

En primer lugar, se evidencia un duro cuestionamiento hacia las organizaciones sociales y hacia toda forma colectiva de agregación de intereses o resolución de necesidades, especialmente si éstas buscan articular con el Estado (y principalmente, si lo hicieron con la gestión anterior). (Comités Populares, 2016)

Complementariamente, se busca instalar un discurso basado en el emprendedurismo, la meritocracia, desde una perspectiva de valoración del esfuerzo personal, desvinculándolo, de la idea de resolución colectiva del acceso a derechos (Arias, Gómez, Bisaro, 2017).

En este contexto, las perspectivas no parecen ser muy favorables para pensar en procesos participativos vinculados a políticas públicas, procesos que busquen la articulación de actores sociales diversos en un territorio. No obstante, y como hemos visto en los párrafos anteriores, muchas veces las respuestas de la sociedad civil, “se salen de libreto”, las experiencias (y memorias) populares siguen operando, el conflicto social obliga a negociar sentidos (Arias, Gómez, Bisaro, 2017) y los espacios son reclamados y conquistados. Baste como ejemplo algunos de los procesos que los vecinos en villas de la Ciudad de Buenos Aires han exigido al gobierno de la ciudad para el abordaje de los procesos de urbanización previstos (uno de los más operativos es el de Villa 20, en Lugano, donde el entramado organizativo anterior a la propuesta de urbanización era muy fuerte).

El Trabajo Social puede constituirse en un recurso estratégico para estos procesos, aportando a profundizar,

3. Desechamos el uso a priori de la categoría de “clientelismo”, por considerar que la misma pone a los sujetos en un lugar de pasividad, ignorando sentidos construidos, remozando los viejos supuestos culturalistas. Entendemos, sí, que hay prácticas para el acceso a recursos asistenciales que protegen en mayor o en menor medida la noción de derecho. Práctica que pueden y deben ser revisadas de manera constante, pero siempre con el involucramiento de sus protagonistas.

en un contexto que sabemos adverso, las experiencias y los niveles de participación.

Actores sociales y territorio

Señalábamos en trabajos anteriores que el acto de habitar un territorio puede ser analizado como mediado por múltiples procesos en los que lo objetivo (realidad material) y lo subjetivo (representaciones acerca de aquella realidad física) se entrecruzan y se condicionan mutuamente. La población establece con el lugar que habita y su entorno múltiples vinculaciones. (Echevarría, 2006: 3).

Vinculaciones que comprenden las acciones concretas desarrolladas por los sujetos para consolidar el espacio habitado (construcción y sostenimiento de equipamiento comunitario; cuidado, mejoras y hasta provisión de servicios básicos de infraestructura; mantenimiento de espacios comunes, etc.), redes de solidaridad interfamiliar tejidas territorialmente, generación de identidades locales, etc.

Señalamos también que en contextos de retirada del Estado de la resolución de necesidades cotidianas, esta intensa actividad desarrollada por los actores sociales locales llega incluso a "fundar institucionalidad", entendida ésta como códigos compartidos y expectativas de solución a necesidades vitales (Echevarría, 2014). El territorio de la intervención es, en este sentido, proceso y proyecto:

El territorio, de esta manera, puede ser entendido como una construcción social que se desarrolla a partir de las significaciones y usos que los sujetos construyen cotidianamente, a partir de historias comunes, usos y sentidos. (...) es, en definitiva, un espacio construido desde lo social, concentrando en él una larga serie de interacciones y prácticas sociales. (Carballeda, 2012: 28 y 29)

De este modo, el espacio (topográfico y social) al que arribamos nunca es una tabla rasa ni una página en blanco. La interacción con los sujetos colectivos que habitan ese territorio se convierte entonces en necesidad para la intervención por al menos dos motivos fundamentales:

Por un lado, porque "si el territorio es también historia, tiene inscripto en sí mismo dificultades y posibilidades de resolución" (Carballeda, 2012: 30). Es decir, la voz de los sujetos es fundamental para identificar proble-

mas, construir (o de-construir) sentidos, proponer prioridades. Los actores locales, en interacción, aportan la posibilidad de generar la integralidad necesaria para las soluciones buscadas (integralidad generalmente ausente en las políticas públicas, de fuerte tinte sectorial).

Por otro lado, por los procesos subjetivos que supone la relación dialógica (en el sentido que le asigna Freire), el reconocer al otro como sujeto. La participación en procesos y decisiones que hacen a la concreción de derechos, permite pasar de una concepción limitada de "participación comunitaria", acotada al mundo asociativo a escala barrial, a la práctica de la "participación ciudadana", entendida como proceso de interacción con el Estado, desde una perspectiva de derechos, y con capacidad de incidencia en el espacio de lo público (Rofman y Foglia, 2015).

La participación, así planteada, se convierte en herramienta de construcción y conquista de ciudadanía (Zapata, 2016).

Algunas consideraciones metodológicas

Para concluir, resulta necesario dejar señalados algunos desafíos a asumir para la concreción de espacios de articulación, en los que organismos estatales, actores comunitarios y movimientos sociales, puedan confluír.

En primer lugar, siguiendo a Héctor Poggiese (2011), es preciso considerar que los escenarios para prácticas participativas no están "dados", es decir, requieren ser contruidos en cada intervención. La construcción de un escenario específico donde interactúen agentes sumamente diversos requiere, en primer lugar, la identificación de ese tema o problema identificado por todos ellos como relevante. No convocamos a participar "sólo por participar", sino con un objetivo explícito. La posibilidad de converger, al menos parcialmente, en un objetivo común, es lo que permite establecer algunos acuerdos iniciales, una suerte de "consenso inicial", que requerirá luego ser actualizado.

El espacio multiactoral que se conforma es, necesariamente, un espacio atravesado por la tensión permanente que supone la participación de actores sociales con intereses, percepciones, racionalidades, lógicas, diferentes. Parte del éxito de la propuesta residirá en la capacidad de procesar dichas diferencias, explicitándolas o acompañándolas cuando fuera necesario. Quienes han

coordinado o acompañado de este tipo experiencias saben, por ejemplo, de la dificultad para procesar la distancia entre los tiempos del estado y sus organismos, y los tiempos de la población, atravesada por el problema sobre el que se busca intervenir.

En el mismo sentido, no se puede ignorar que los actores convocados a estos espacios parten de bases de poder sumamente diversas (Robirosa, 1997). La metodología de trabajo será un efectivo aporte a la democratización del espacio y a la construcción de ciudadanía si permite potenciar el aporte de aquellos que parten de una situación subordinada o de mayor debilidad relativa. El Trabajo Social tiene un particular desafío en este aspecto.

Una de las tareas centrales de estos espacios es el intercambio de información, de saberes y de percepciones sobre las situaciones identificadas como problemáticas y sobre las que se desea intervenir, a los efectos de lograr la toma de decisiones en conjunto. Al respecto, compartimos la preocupación de Poggiese (2011) por buscar establecer relaciones multilaterales entre los actores intervinientes, en lugar de las relaciones bilaterales (“uno a uno”) que muchas veces se adoptan desde los organismos públicos. Por otra parte, también resulta imprescindible acompañar estos procesos con momentos de síntesis, de recopilación de la información aportada (en lo posible, de manera escrita), registros permanentes y compartidos, etc.

A modo de cierre

A lo largo de este trabajo intentamos destacar la importancia de los espacios para la participación de los actores (particularmente los actores colectivos) en políticas públicas territoriales. En el contexto de políticas progresivas, con perspectiva de derechos, estos espacios dan contenido y direccionalidad a las iniciativas estatales. En el marco de políticas neoliberales, estos espacios pueden convertirse en ámbitos de resistencia, de resignificación de sentidos impuestos. Pero en todos los casos, reflejan la necesidad del diálogo, implícita en toda intervención, abonan al propósito de reconocer al otro como sujeto de derechos, el otro como portador de experiencias, historia, valores, necesidades y proyectos que requieren ser escuchados.

Álvaro García Linera (2015) describe estas experiencias de participación y deliberación popular como forma de enriquecer a la democracia representativa, como democracia callejera, democracia plebeya, como “comunidad en marcha”.

Construir renovadas experiencias de espacios de participación al interior de las políticas, sean éstos espacios ofrecidos o conquistados, es hoy una forma de, en términos de García Linera, superar vivencias fósiles de la democracia, que recorren, otra vez, nuestro continente.

Bibliografía

- Arias, A. (2012) *Pobreza y modelos de intervención. Apuntes para la superación del modelo de asistencia y promoción*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Arias, A.; Gómez, A. y Bisaro, E. (2017) *Apuntes para leer las Políticas Sociales de Cambios*. Buenos Aires: Fundación Germán Abdala. Disponible en: <http://web.atedesarrollosocial.com.ar/gremiales>
- Carballeda, A. (2012) *Cartografías e intervención en lo social*. En Diez Teta-manti, Juan Manuel y Escudero, Beatriz (comps.) *Cartografía social. Investigación e intervención desde las Ciencias Sociales, métodos y experiencias de aplicación*. Comodoro Rivadavia: Editorial Universitaria de la Patagonia.
- Carballeda, A. (2013) *La intervención en lo social como proceso. Una aproximación metodológica*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Cardarelli, G. y Rosenfeld, M. (2005) *Las participaciones de la pobreza. Programas y proyectos sociales*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- CELATS - Equipo de Capacitación (1986) *La práctica del Trabajador Social*. Guía de análisis. Buenos Aires: Editorial Humanitas.
- Comités Populares Argentina (2016) *Hacia Hábitat III*, documento país, elaborado por Comités Populares con miras al Encuentro de la ONU Hábitat III en Ecuador, octubre 2016.
- Echevarría, A. (2006) *Estigmatización territorial y asentamientos en el Gran Buenos Aires*. Vinculaciones entre representaciones sociales, segregación socio-espacial y formas de inserción urbana de los sectores populares. (Tesis de Maestría no publicada). Universidad de Mar del Plata, Mar del Plata.
- Echevarría, A. (2014) Estado y sujetos populares: hacia una nueva institucionalidad en el territorio, en Arias, A.; Gracia Godoy, B.; Manes, R. (comps.) *Debates en torno a la construcción de institucionalidad. Aportes para la reconstrucción de lo público*. Buenos Aires: Espacio Editorial y Facultad de Ciencias Sociales UBA.
- Freire, P. (2010) *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno editores.
- García Linera, A. y Stefanoni, P. (2005) *Territorios, identidades y acción colectiva*. Un ensayo sobre los movimientos sociales contemporáneos en Bolivia. En Revista Ciencias Sociales, Escuela de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Central del Ecuador, Quito. Segundo trimestre 2005.
- García Linera, A. (2015) *Ponencia presentada en el Foro por la Emancipación y la Igualdad, organizado por el Ministerio de Cultura de la Nación, Buenos Aires, marzo 2015*. Mesa "América Latina y Europa en espejo". Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=SqbByMoDsyS&index=4&list=PLZyYqQYC0NI7J2mqLgSg8Fh4NbMmQYf2>
- Marzioni, G. (2012) *Hábitat popular*. Encuentro de saberes. Buenos Aires: Editorial Nobuko.
- Merklen, D. (2005) *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática* (Argentina, 1982-2003). Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Poggiessi, H. (2011) *Planificación participativa y Gestión Asociada*. Metodologías. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Repetto, F. y Andrenacci, L. (2006) *Ciudadanía y capacidad estatal: dilemas presentes en la reconstrucción de la política social argentina*, en Andrenacci, Luciano (comp.) *Problemas de política social en la Argentina contemporánea*. Los Polvorines: Editorial Prometeo y Universidad de Gral. Sarmiento.
- Rofman, A. y Foglia, C. (2015) *La participación ciudadana local en la historia argentina reciente* (de los '90 a la actualidad): Asistencia, movilización, institucionalización. En: Revista Estado y Políticas Públicas, Nro. 5.
- Robirosa, M. (1997) *La organización comunitaria: Las organizaciones en su entorno y estrategias de negociación*. Buenos Aires: CENOC/Secretaría de Desarrollo Social de la Nación (Programa de Capacitación a Distancia en Gestión de Organizaciones Comunitarias, vol. 1).
- Rozas, M. (1998) *Una perspectiva teórico metodológica de la intervención en Trabajo Social*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Svampa, M. (2008) *Cambio de época*. Movimientos sociales y poder político. Buenos Aires: CLACSO - Siglo XXI editores.
- Vilas, C. (2011) *Después del neoliberalismo: Estado y procesos políticos en América Latina*. Lanús: Ediciones de la Universidad Nacional de Lanús.
- Zapata, M. C. (2016) *La política habitacional porteña bajo la lupa*. De los programas llave en mano a la autogestión del hábitat. Disponible en: <https://www.teseopress.com/politicahabitacional/>